CAPITULO XVII.

Acuerdan los clubs el asesinato de Rossi.—Hácese salir de Roma á los emigrados extrangeros. Los clubs preparan la opinion contra el ministro.—La prensa concita al asesinato.—Llegada de los carabineros á Roma.—Revista que les pasa Rossi.—Exposicion que se redacta á las Cámaras contra el ministerio.—Apertura de la Cámara—Asesinato del ministro Rossi.—Los asesinos márchanse libremente.—Impasibilidad de la Cámara al saber el atentado.—Consideraciones sobre la vida de Rossi.—El cuerpo diplomático se retira de la Cámara.—El embajador español en el Quirinal.—Inaccion del gobierno.—El Círculo Popular se apodera del mando.—Demostracion del Círculo en honor del matador de Rossi.—Medidas que adopta el Círculo.—Proyecto de ministerio para que lo acepte el papa, y bases de su programa.—El Círculo va al alojamiento de Galletti.—Insultos á la vida de Rossi.—Entierro en secreto de éste.—Pasquines insultantes á su memoria.—Gran demostracion para pedir el ministerio y el programa acordado en el Círculo Popular.—Preséntanse al papa los diputados de la demostracion.—Anuncia la respuesta del papa Galletti.—Agitacion de las turbas.—Vuelve la comision al Quirinal.—Encuéntrase con el cuerpo diplomático.—Nueva negativa del papa.—Declárase el pueblo en insurreccion.—Queman una puerta del palacio Quirinal.—Defensa de los suizos.—Muerte de monseñor *della Palma*.—Traen un cañon las turbas.—Barricadas.—El Círculo Popular se erige en centro de gobierno.—Reconócenle todos.—Apodérase el pueblo de las armas del arsenal.—Conducta de los príncipes romanos.—Miedo de los revolucionarios.—Mándase el arresto de todos los cardenales.—Una diputacion enviada al papa.—Accede al fin á la formacion del ministerio.—Protexta luego delante de los embajadores.—Galletti obtiene que se respete á los suizos.—Ataque al palacio de Lambruschini.—Sálvase disfrazado de dragon.—Regocijo de las turbas por sus triunfos.

La presencia del general Zucchi fué de gran provecho para los habitantes de Bolonia; empero dejó expedita la accion de los agitadores de Roma.

El ministro Rossi se encontraba solo en ella, y podia decirse que en él se encontraba el gobierno entero, pues era ministro de lo interior, ministro de la policía, ministro interino de hacienda, y comandante general de los carabineros.

Un solo golpe de puñal podia concluir con el gobieruo de Roma. Era el único medio de poder vencer á este hábil ministro, antes de que expusiese en las Cámaras y desarrollase su sistema de gobierno, que hubiera atraido la aprobacion general; los clubs lo acordaron, y se prepararon á ponerlo en ejecucion desde luego.

Roma era el asilo de una porcion de emigrados, la mayor parte de ellos manchados con delitos comunes, y que dándose el colorido

de refugiados políticos, eran acogidos ávidamente por los clubs y por los círculos como elementos preciosos de revolucion de que podrian disponer en su dia.

Una multitud de napolitanos se encontraban en Roma, y reciben la órden del ministro para salir inmediatamente de la ciudad. Alzan al cielo el grito los círculos al saber esta medida, y la pintan como el acto mayor de tiranía, como el mas grande insulto que un extrangero podia hacer á la independencia de la Italia. Acúsanle tambien de querer sembrar una semilla de corrupcion en el parlamento, porque algunos representantes del pueblo habian sido colocados en altos empleos. Echábanle igualmente en cara, que en el periódico ministerial, la *Gazzeta de Roma*, al contestar á los terribles artículos en que le acusaba la prensa revolucionaria, habia arrojado un guante de desafío al pueblo romano. No omitieron, en fin, nada en sus arengas públicas ni en sus conversaciones particulares los agitadores, para excitar al asesinato del hombre que con sus grandes talentos y su valor cívico, era un obstáculo insuperable á sus planes de desorganizacion.

El dia señalado fué el 15 de Noviembre. Los *idus* de este mes, fueron tan fatales para el conde Rossi, como lo fueron en aquella misma ciudad los *idus* de Marzo para César: éste pereció en el Senado; aquel en el umbral de la Cámara. En ambos casos los asesinos se retiraron tranquilamente por medio de la muchedumbre, quedando Roma quieta y sosegada, pero bajo el imperio del puñal.

La prensa habia preparado y acalorado los ánimos. Los periódicos se fijaban en todas las esquinas para que pudieran leerlos gratuitamente las gentes del pueblo. Artículos incendiarios proclamaban todos los dias la necesidad de rechazar al *extrangero;* y dábase este nombre al ministro Rossi, porque aunque nacido en Módena, se habia naturalizado despues en Francia, y sido embajador de Luis Felipe en la misma corte de Roma. Fijábanse caricaturas y avisos alarmantes en todas las esquinas; y en vano los agentes de la policía procuraban arrancarlos, porque inmediatamente se reproducian en otros puntos de aquella inmensa capital.

El dia 14, el médico Sterbini, presidente del Club Popular, publica bajo su firma en el *Contemporáneo*, un artículo en que concita públicamente al asesinato del ministro.

Este habia hecho venir á Roma, desde los diversos puntos de los estados pontificios, y en posta, todos los destacamentos de carabineros que en ellos habia: tropa escogida y de bellísima presencia, que se alojó en diferentes cuarteles, uno de ellos la *Sapientia*, palacio de la Universidad. La tarde del dia 14, el ministro les pasó una revista, y quedó altamente satisfecho, y seguro de poder con ellos destruir los planes que en contra suya se tramaban.

Los carabineros atravesaron la calle del Corso, en medio de las espantadas miradas de los agitadores, que no contaban con aquel inesperado obstáculo.

El Club Popular aquella noche manifestó la mayor agitacion. Pintóse la venida de los carabineros como un insulto hecho á la tranquilidad del pueblo, y como una desconfianza marcada á los catorce batallones de la guardia cívica; redactóse una exposicion á la Cámara, que prometen apoyar Sterbini y algunos otros diputados, pidiendo la separacion del *ministro extrangero;* y el 15 por la mañana en todas las esquinas de la capital, en todas las puertas de las iglesias y de los cafés, en todos los sitios públicos amanece impreso un anuncio, diciendo: que Roma invitaba á todos los buenos ciudadanos á que se hallasen en la plaza de la Cancillería, donde está el salon de la Cámara á la hora de la apertura.

El plan aparente era silbar al ministro á su êntrada en el parlamento, y apoyar con vociferaciones el ataque que los diputados se proponian dar al ministro, condenando el decreto del pontífice en que se le concedia el derecho de naturalizacion en los estados romanos.

La plaza de la Cancillería se hallaba llena de gente , entre ella una gran parte por curiosidad. El conde Rossi á la una fué á ver al papa, y desde allí, solo en su coche, acompañado del subsecretaria de hacienda, se dirigió al palacio de la Cancillería, al atravesar cuya plaza fué recibido por los gritos y silbidos de la inmensa multitud que la poblaba. Hizo entonces apretar los caballos, y el carruage entró al galope en el pórtico del palacio.

La mayor imprevision, la mayor confianza habia presidido á las disposiciones interiores en aquel edificio. En el pórtico de la Cámara, á un lado y á otro de la escalera, habia mucha gente de malísima traza. Veíanse allí varios voluntarios de Vicenza y de Venecia, y algunos napolitanos agrupados como para ver las personas que subian y bajaban.

Rossi con la mayor serenidad se apea de su coche; uno de los espectadores le da con un baston un empujon en el costado, y al movimiento natural de retirada y volver la cara hácia aquel lado, un voluntario le tira al cuello una estocada con la daga, cortándole la carótide izquierda y atravesándole de parte á parte. Un lago de sangre inunda el suelo, mancha las paredes y á algunos de los circunstantes que estaban próximos, y el ministro cae muerto casi instantáneamente.

El golpe habia sido hábilmente calculado. Los asesinos lo dirigieron al cuello, recelosos de que para precaver el peligro llevase debajo del vestido una cota de malla. Rossi no llevaba nada, iba fiado en su serenidad, y en la rectitud de sus intenciones.

Afuera continuaba aun la silba de una manera horrorosa; pero un hombre de elevada estatura y larga barba, sale á la puerta, y con voz ostentoria; *tutto é fatto!* todo está hecho, grita, á cuyas palabras sucede el mas repentino silencio.

Los pocos soldados que habia allí para conservar el órden de los carruages, abandonan sus puestos y se retiran, y los asesinos marchan con la mayor tranquilidad delante de la multitud, oyéndose gritar á algunos de ésta: *anno fatto bene!* han hecho bien! Horrible era la tranquilidad en que permanecia en la plaza la inmensa muchedumbre; solo podia encontrarse una cosa mas horrible aún, la impasibilidad que presentaba el interior de la Cámara de los diputados.

En la Cámara circula al momento la noticia, porque el desgraciado Rossi recibe los primeros, aunque inútiles cuidados, del médico Pantaleoni, que era diputado. Ni la menor muestra de agitacion, ni la conmocion mas mínima se nota en aquella Asamblea: léese el acta de la sesion anterior; pásase la lista de los diputados, y no habiendo número suficiente para deliberar, se levanta la sesion.

Casi todos los diputados se habian sentado en el lado izquierdo, para marcar su oposicion al ministro, á quien se proponian dar un rudo ataque por el decreto de naturalizacion que le habia concedido el pontífice, y en virtud del cual acababa pocos dias antes de ser nombrado diputado por la provincia de Bolonia.

Rossi conocia el encono con que le miraban la mayor parte de los diputados; pero firme en sus propósitos, seguro de exponerlos con su elocuencia y lucidez acostumbradas, se preparaba á subir los escalones que conducen al palacio legislativo, en medio de los gritos y silbidos de un brutal populacho.

Los clubs apelaron al puñal, porque se sentian muy poco hábiles para destruir con el razonamiento á ese ministro, cuya vida habia sido toda consagrada al trabajo, cuyos talentos se habian manifestado siempre á una misma altura, habiendo sido constante y firme en sus opiniones de moderacion y de conciliacion; ya se le considere como escritor, ya como profesor del colegio de Francia, ora como par, ora como embajador, ora como primer ministro.

La revolucion le habia trasplantado sobre diversos suelos; pero no habia podido quitarle la unidad que depende de la constancia del carácter y de la firmeza de las opiniones.

Desterrado voluntario en 1815 por la causa de la libertad, Rossi ha muerto en 1848 mártir voluntario de la causa del órden.

Habia abandonado su pátria, Módena, en los dias de una reaccion absoluta y fanática, y viene á morir al pié del trono del pontífice defendiendo la independencia espiritual de la Iglesia, amenazada en el poder y en la persona de su gefe.

Hacia dos meses que ejercia el poder, y todos sus dias habian sido laboriosamente empleados y señalados por alguna medida de reforma: esforzábase en plegar á las instituciones constitucionales la antigua máquina del gobierno pontifical, y contener al mismo tiempo en el recinto de la libertad legal la agitacion del movimiento popular.

El cuerpo diplomático, admirado de la indiferencia criminal de la Cámara á vista de un atentado semejante cometido bajo su mismo techo, y contra el cual no habia proferido ni aun la mas ligera espresion de vituperio, abandonó la tribuna, protestando de esta manera, en el hecho mismo de su retirada, contra aquel atentado, que en cualquier otro pueblo hubiera hallado en su Asamblea un grito unánime de reprobacion.

El embajador español, Martinez de la Rosa, corre inmediatamente al Quirinal, y se presenta al papa. Consuela al venerable pontífice en los primeros momentos del dolor que le causa la pérdida de su fiel consejero y primer ministro, y le reitera las ofertas de apoyo y de auxilio que tantas veces le habia ofrecido en nombre del gobierno de la católica Isabel.

La muerte de Rossi habia sido decidida en el Círculo Popular, y se ejecutó con una precision y una puntualidad calculada.

El único hombre de gobierno era Rossi; muerto éste, el poder pasó de hecho á aquel club.

El terror mas grande se habia apoderado de todos los buenos, no obstante de que ningun movimiento se notase en el pueblo, ni ningun síntoma de alteracion en las calles ni en las plazas. Los asesinos se hallaban libres; discurrian por los cafés, y en todas partes habia una horrible tranquilidad. Los ministros huyen unos, ocúltanse otros; solo Montanari, ministro de Comercio, permaneció firme al lado del pontífice.

La tarde del 15 se pasó en la mas completa inaccion por parte del gobierno, mientras que el Círculo Popular trabajaba activamente, y sus agentes recorrian los cuarteles preparando una fraternizacion de las tropas con las masas del pueblo.

Apenas llega el anochecer, el Círculo Popular sale precedido de una bandera tricolor, con hachas encendidas, dando gritos, y se dirige al cuartel de los carabineros á darles las gracias, porque no habian hecho fuego á los asesinos de Rossi. Los gritos eran: ¡viva la libertad! ¡viva la Constituyente! ¡bendita sea la mano del que mató á Rossi! ¡viva el puñal del nuevo Bruto!

Nosotros vimos este grupo, que apenas llegaria á cién personas, correr tranquilo las calles de la capital del mundo; dirigirse á los cuarteles, donde fué acogido con aclamaciones por las tropas, marchar y volver seguido de grandes grupos de ellas al palacio Fiano, donde se hallaba situado el Círculo Popular.

Allí, indistintamente mezclados cívicos, soldados, gentes del pueblo y hasta estrangeros, se aprobaban á gritos y por unanimidad las disposiciones que indicaba Sterbini, presidente de aquel club, disposiciones acordadas anteriormente entre unos pocos; pero que con esta farsa se revestian con el carácter y el nombre de deliberaciones del pueblo. Acordóse el programa fundamental que debia regir al nuevo ministerio; ministerio que trataba de imponerse al papa; ministerio formado sobre el cadáver aun caliente y palpitante del ministro á quien habian alevosamente asesinado!

Nosotros presenciamos tambien este espectáculo, asqueroso y repugnante, porque en él no habia siquiera ni entusiasmo ni conviccion.

Nosotros solo vimos allí una inmensa turba, que obedecia ciegamente, y que tenia por propias suyas, las deliberaciones de unos pocos.

Acordáronse como ministros elegidos por el pueblo á Mamiani, al mismo Sterbini, director principal de este movimiento, y escitador en su periódico al asesinato; á Campello, á Sallicetti, á Rusconi, á Lunati, Sereni, y á Rosmini: acordóse tambien que el mando general de los carabineros se confiriese á Galletti; y se convino en reunirse al dia siguiente en la plaza del Popolo para hacer una grande demostracion, pidiendo al papa la formacion de este ministerio.

Terminada la sesion en el Círculo Popular, sobre las diez de la noche, marchan todos en masa á la plaza de la Minerva en donde se hallaba el alojamiento del abogado Galletti. En medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo y de los soldados, sale en medio de la plaza, y acalora mas los ánimos con su discurso, dándoles las gracias, y manifestándose dispuesto á sacrificar su vida por la causa del pueblo.

Así terminó la jornada del miércoles 15 de Noviembre en Roma. Habia comenzado por un asesinato horrible, y terminando por la preparacion de una revolucion que debia arrancar de hecho al papa su poder temporal.

Las turbas se retiraron de la plaza de la Minerva, y discurrieron por la ciudad casi toda la noche, dando gritos frenéticos y llevando su barbarie hasta entonar en ridícula parodia los cánticos de la Iglesia, destinados á implorar el reposo de los muertos, al pasar por delante de la casa de la viuda y de los desgraciados hijos del conde Rossi.

Mientras las turbas discurrian, hébrias de vino y de entusiasmo, por las calles y plazas de Roma, cuatro penitentes negros sacaban del palacio de la Cancillería á las dos de la noche, en silencio, un cadáver, y lo conducian al cementerio de Sancti-Spíritus, para arrojarlo en secreto á la fosa comun. Aquel cadáver era el de un mártir, el del conde Rossi! y lo llevaban secretamente, cual en otro tiempo los primeros cristianos habian enterrado á sus mártires, pa-

ra no esponer sus restos á la profanacion de los revolucionarios, cuyo ódio no se habia detenido en el sepulcro, y proyectaban arrastrarlo por las calles, si se le hubiesen decretado los honores fúnebres debidos á su alta clase.

Al dia siguiente, en todas las esquinas apareció un pasquin que nadie se atrevió á arrancar, y que decia:

Qui giace Rossi: fu uomo perverso
Non pregate per lui ch'é tempo perso!

Aquí yace Rossi, hombre malvado:
Rogar á Dios por él, tiempo escusado!

Epígrama digno de un pueblo de canívales, no de la capital del mundo cristiano. Ninguno de los periódicos condenó el asesinato, como no lo habia condenado la Cámara, antes bien tributaron los mayores elogios al asesino llamándole el nuevo *Bruto!*

Grande era la agitacion popular que se notaba desde por la mañana del 16. Los diversos cuerpos de las milicias de todas clases corrian sin armas á reunirse en la plaza del Pueblo. Los diferentes círculos acudieron con sus estandartes y banderas; acudieron tambien los oficiales; y ¡cosa inconcebible! acudieron hasta los mismos generales. Formados en columna, mezclados todos confusamente, los de la guardia cívica con los carabineros y el pueblo, precedidos de una música que tocaba un himno militar, se pusieron en marcha siguiendo al estandarte del Círculo Popular, donde se hallaban escritos en un gran pliego de papel los nombres de los que el papa debia nombrar ministros, y los principios fundamentales acordados la víspera en el Círculo Popular, á saber: 1.° Promulgacion del principio de la nacionalidad italiana; 2.° Convocacion de la Constituyente, y formacion de un acta federativa; 3.° Cumplimiento de las deliberaciones de la Cámara de diputados, con respecto á la guerra de la independencia; y 4.° Completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de Junio.

Esta imponente procesion, que no debia encontrar obstáculo alguno en su marcha, pues componian parte de ella las tropas de la guarnicion y los generales, se dirige al palacio de la Cancillería, creyendo encontrar reunida la Cámara, empero ésta no habia acudido, solo se hallaban en el edificio algunos diputados.

Un miembro del Círculo Popular anuncia que éstos se reunen á la manifestacion para llevar al príncipe los votos del pueblo, y lee en alta voz el programa, que es recibido con grandes aplausos por las turbas del pueblo y de los soldados.

Dirígense desde allí al Quirinal, y encuentran en el camino, bien

casualmente ó de propósito, el coche del príncipe Corsini, senador de Roma, que llevaba consigo al abogado Galletti, y á Armellini.

El pueblo pide que se reuna á la diputacion que debe hablar al pontífice el abogado Galletti, y continúa su marcha al Quirinal, donde llega cerca de las dos de la tarde: llena con su inmensa multitud aquella plaza, donde el pueblo estaba acostumbrado á victorear tantas veces á su soberano por los beneficios que espontáneamente le habia dispensado: allí le habia aclamado por la amnistía, por el Estatuto, por el establecimiento de la guardia ciudadana, por la igualdad ante la ley, por la entrada de los seglares en la administracion pública, y por tantas otras concesiones con que le habian ido lentamente desgarrando el manto de pontífice y de rey: hoy venian á que les arrojase la tiara, para arrastrarla por el fango.

Al primer rumor del peligro y de agitacion, el cuerpo diplomático habia acudido á colocarse al lado del pontífice.

La diputacion de los representantes de las turbas del pueblo, acompañada de algunos miembros del Círculo Popular, entró en el palacio Pontificio, y fué recibida por el cardenal Soglia, quien trasmite las palabras de ella al soberano, que ofrece tomar en consideracion la peticion del pueblo, confiando en tanto la composicion del nuevo ministerio á Galletti.

Sale éste á la plaza, y anuncia al pueblo la respuesta del pontífice. Mientras habla reina un profundo silencio; pero la respuesta no merece el agrado de las turbas, y con voces desaforadas gritan: no! no! que se concedan al instante las peticiones del pueblo!

El tumulto toma unas proporciones gigantescas; los gritos son terribles, atronadores.

La diputacion entra nuevamente para significar al príncipe los deseos de la muchedumbre. Penetra la diputacion en el interior del palacio Quirinal; pero como tras de ella quieren tambien penetrar las masas populares, la guardia suiza cierra la puerta grande del palacio pontificio, dejando solamente abierto un postigo.

Esta guardia, mas de magnificencia que de seguridad del pontífice, esta guardia tradicional que viste aun el pintoresco uniforme de los tiempos de Julio II, dibujado por Miguel Angel, logró contener las turbas.

Al pié de la escalera del reloj encuentra la diputacion á los embajadores reunidos de España, Francia, Rusia y Baviera, y su presencia impone á los comisionados de las turbas; porque el pontífice, á quien creian solo, se hallaba rodeado de los representantes de la Europa. Allí estaban para protegerle!

Momentos antes, el pontífice habia preguntado al embajador de España, cuáles eran las instrucciones que tenia para un caso semejante: poner á disposicion de Vuestra Santidad, le contestó conmo-